

## Lucifer

Jorge Santayana

### *Dramatis personae*

|                     |                   |
|---------------------|-------------------|
| EL CRISTO ASCENDIDO | DEMONIOS Y BRUJAS |
| EL ARCÁNGEL MIGUEL  | ZEUS              |
| SAN PEDRO           | HERMES            |
| ÁNGELES Y SANTOS    | ARES              |
| LUCIFER             | HERA              |
| MEFISTÓFELES        | ATENEA            |
| AZAZEL              | AFRODITA          |
| BELIAL              | DIOSES Y DIOSAS   |
| TUREL               | ACOMPAÑANTES      |

### Acto primero

*(En la cima de una montaña. Abajo, una cueva. Noche)*

HERMES

*(Posándose en la montaña)*

¿Qué astro eres tú y qué dios te sedujo para que vagaras en este cielo, lejos del círculo sereno y suave de las siete hermanas? Oh, roca maldita, deshabitada e inhóspita, acógeme a mí, por el poder de los rayos. Oh, diosa, si eres la perdida Pléyade, perdido también me encuentro yo, conducido por las corrientes invisibles del mar etéreo.

*(Besa el suelo)*

Pues la Tierra, mi madre, mientras su hijo recorre entristecido estos lugares helados, oh, cuán al margen, sin embargo, nada ella en su esfera azul y líquida, olvidando el pesar, y durmiendo arropada con el manto de su atmósfera.

Por encima del Olimpo brilla entretanto Febe a media luz, pacientemente, y aún se mantiene vigilante en el cielo; mientras, bajo el borde del océano ascienden con presteza los corceles de su hermano agitando sus fieras crines, y el amanecer se acerca. Pero aquí no existe el alba, ni la estrella de la maña-

na; los soles que están más próximos se insinúan cual titilante huésped, asomándose a través de la noche fría, inmensamente lejanos.

¿Quién puede morar aquí? Si existieran divinidades cuyo cuerpo fuera de piedra y silente su espíritu, aquí podrían dormirar congeladas. A la cumbre fruncida y a las vertientes hundidas de las montañas, rocas amontonadas como juguetes de gigantes jóvenes muertos hace largo tiempo, a ti, abismo horrible que meteoritos ardientes podrían arar al caer del cielo, y a vosotros, valles, quebrados por las sacudidas de un terremoto en precipicios de nieve, oh, hablad, si tenéis lengua o alguna vida espiritual.

No hagáis mal al extranjero, pues es un dios, aun pareciendo débil, el que os implora, mientras los vientos pugnan sin cesar, para que le protegáis de esta noche y del tormentoso azote del aguanieve. Oh, respondedme, si algún alma desterrada mora en vosotros, y guarda de daño al polo helado.

LUCIFER

*(Levantándose de la pedregosa cima sobre la que había estado sentado)*

¡No! No hay aquí alma desterrada alguna. Lo que para ti, Hermes, te resulta desolador, otro lo adora más que nada. En este risco, trono del desdén, halla descanso un espíritu intrépido.

HERMES

Tú, que me has llamado por mi nombre, gran espectro empenachado por el vuelo del águila, déjame ser tu huésped esta noche, si la bondad mueve tu pecho o alguna llama alienta en tu corazón, para que, de aquí en adelante, siempre luminosa, sobre esta costa enronquecida y enojada, pueda brillar la antorcha de su sagrado resplandor, donde un dios, por la fortuna arrojado, encontró un altar y un anfitrión en lo alto del mayor promontorio del mundo.

LUCIFER

*(Avanzando)*

Extranjero, examina atentamente este rostro, míralo con detenimiento, no permitas que tu tierno corazón hable con imprudencia. ¿Ves sangre mortal dentro de estas mejillas? No pienses que la gracia de tus hermanos es propia de todos los espíritus. Algunos hay, sin embargo, demasiado elevados para revestirse de una gloria superficial; pues excede a la capacidad de la naturaleza maquillar la razón o apresar en un molde la voluntad indomable. Mi mano se extendió más allá del cinturón estrellado, por en medio del cielo vacío. He sido testigo de la fundación de la tierra; he visto el nacimiento de los doce dioses. Y aguardo, ¡jay!, para verles morir.

HERMES

Espíritu poderoso, no te ofendería. Tu corazón sabe si eso es verdad, y mis ojos, mirándote fijamente, comprenden que eres un dios en realidad. Sé

entonces magnánimo, ampara al forastero y permite que descanse junto a ti, para que pueda cobrar fuerzas hasta el final de mi viaje, y ver de nuevo la cumbre fulgurante del Olimpo y a los hermanos que amo.

*(Abraza las rodillas de Lucifer)*

LUCIFER

Pero ¿qué error trajo a la paloma al nido invernal del águila?

HERMES

Vagué durante mucho tiempo en vana búsqueda y no encontré otra isla en todo el abismo.

LUCIFER

No tuvo suerte el hijo de Jove al poner sus pies alados sobre esta pendiente. Ninguna parra trepa por ruinas tan agrestes, ninguna Nereida se convierte en tan glacial ensenada. Pero acompáñame, hay una cueva en la colina.

HERMES

Servirá de refugio contra este aire penetrante.

LUCIFER

Las nieves espesas proporcionan cobijo. El mal puede mitigar el mal. Quizá tu hambre no desdeñará nuestra mesa. Por aquí. Es oscuro el camino a lo largo de la gélida escalera.

*(Le da la mano a Hermes)*

HERMES

¿Eres acaso una serpiente? Tu carne está fría.

LUCIFER

Así me llaman. Mi sangre fue caliente en otro tiempo.

HERMES

¿Acaso se heló de respirar durante tanto tiempo en esta tormenta cruel?

LUCIFER

No, gentil inquiridor. No fue el viento, que sólo muerde cuando el corazón está caliente. Y el mío no puede padecer. En mi juventud yoiqué y amé las suaves caricias del mundo. Ahora soy libre. He renegado de los goces que nos hacen esclavos.

HERMES

La escarcha de las noches invernales impide que broten las semillas y, sin haber desplegado una hoja, muere la divinidad encerrada en ellas ¿Cómo entonces podrías ser tú libre bajo el dañino efecto de esta cortante ráfaga?

LUCIFER

Yo puedo estar libre de pecado.

*(Llegan a la cueva)*

HERMES

¡Oh, resplandor, bienvenido! El espíritu ligero de mi hermano, llama sutil, penetra hasta en esta región y salta a mi encuentro, consciente de que vengo. Pero ¿quién es ése que veo silencioso cerca del fuego?

LUCIFER

Una vez fue un ángel, ahora es el guardián de esta llama, y, como puedes ver, también un estudioso de la lira. Él mezcló la bebida y amontonó la leña para que tengamos luz y comodidad mientras cenamos.

*(Se sientan)*

HERMES

Un ladino servidor, que sirve al deseo. Así, esperando el amanecer antes de la batalla, acampan los soldados.

LUCIFER

Extranjero, llena tu copa y cúbrete con esta capa, si es que un burdo atavío puede complacerte, dándote calor, en una noche como ésta. No vienen con frecuencia invitados aquí, pues el cielo me escatima la oportunidad de ser hospitalario. Hasta esta pequeña virtud mía ofende su vista.

HERMES

Pero ¿acaso es el cielo tu enemigo?

LUCIFER

Lo que ves no es precisamente el fruto de un trato de favor. Este cielo tiene por aliado a uno que nos perjudica a ambos.

HERMES

Verdaderamente, sobre ti debe caer la tempestad si te refugias en ella.

LUCIFER

¡Ah, si tú supieras!

HERMES

¿Estás aquí encerrado?

LUCIFER

Por una gran tristeza y una mente indómita.

HERMES

¿Una tristeza?

LUCIFER

Escucha, si lo necesitas debes saberlo. Existe entre las estrellas una que es la más grande, que arroja oscuridad, y nadie puede verla resplandecer. Los hombres la conocen en virtud de sus esperanzas; una mano divina les lleva secretamente hasta allí desde remotas regiones. Pero una vez dentro de sus límites, la luz eterna se derrama sobre las almas más aptas, y allí ellos son lo que sobre la tierra serían. En este reino, un anciano Dios es el rey, majestuoso, sabio, de triple forma y ojos que todo lo abarcan. El horror que produce su mirada puede impactar los sentidos, como el rayo cuando desgarrar los cielos. Las palabras temibles de su boca son oídas de buena gana, aunque la maravilla de su significado sólo pueda probarse mediante la fe y con el argumento del amor. Dice que creó la naturaleza con una palabra, y que en él todas las cosas son, viven y se mueven. Yo estuve en ese bello reino desde la noche primaveral, y revestido de esplendor y de poder, dirigí los ejércitos de mi padre, Dios. Mi mano derecha les incitaba con una espada de luz, mi mano izquierda les mandaba con un cetro florido. Valiente fue mi juventud y agradable a su vista, aproximándome a él en honor; hasta que un día la conversación sobre su grandeza y la fuente de nuestra existencia me llevó a preguntarle: “Dime, oh Señor, la causa por la cual la indolente naturaleza que tu elaboraste se opone a ti. Y tus designios, que sus leyes obedecen, deben luchar por tortuosos senderos para cumplirse”. A esto me respondió con muchas palabras de poca sustancia. E igual que los navegantes al cruzar algún amplio estuario espían en el poniente tempestuoso un repentino oscurecimiento y agarran el timón haciendo un doble rizo, así, yo templé mi corazón para la batalla; vi mi destino sobre mí, y que había nacido para sufrir y para llenar el mundo de pesadumbre. Pero, armado de razón y con un terrible desprecio, me sublevé. “No busques, Oh Señor, mi Rey”, grité, “burlar mi duda con solemnes frases. Dime lo que piensas o te lo sonsacaré con amargas preguntas. ¡Ay de ti si has mentido, ay de ti si no lo has hecho! ¡Toma una decisión prudente! Confiesa cómo llegaste a ser, o por qué los vientos se muestran dóciles a tu voz, por qué los compañeros de tu vida son tres, por qué te obsesionó querer hacernos. No puedes saberlo. Pero al igual que los demás que despiertan a la vida perciben el sol y la luna y sienten sus pasiones naturales agitarseles en el pecho sin saber por qué, así tú, al despertar una vez desde algún remoto desfallecimiento, con gran sorpresa examinaste tu pro-

fundo seno y la bóveda celeste, atónito como yo cuando el destino abrió mis ojos. Tu pequeño celo por la verdad puede ser perdonado si lo confiesas ahora, y yo podría aún llamarte mi Señor, pues gobiernas bien y en tu reino me ha gustado morar. De lo contrario, si la verdad ofende tu mimada voluntad y con palabras zalameras y sacerdotal encanto pretendes seducirme, desde ahora me rebelo”. Sabía su respuesta. Desenvainé mi espada y muchos espíritus se pusieron de mi lado. Pero en el alto cielo Él es todavía el Señor; yo soy un exiliado en estos extensos espacios donde nadie es Amo. El viento del norte y el del oeste son mis compañeros, y el vacío mi descanso.

HERMES

Ya basta. Cuando la mala fortuna somete a un amigo, nos avergonzamos de ser felices.

LUCIFER

Nada de eso, regocíjate. La música agradable de una voz templada es una cura para la tristeza. Si mi aflicción pudiera terminar, sería gracias al sueño de una edad dorada donde todos fueran felices.

HERMES

Los que sirven a tu Rey ¿no son felices todavía?

LUCIFER

Algo incierta es la felicidad tal y como éstos la poseen. No envejecen. Viven en amistad y sus ojos maravillados, ciegos a la naturaleza, se nutren de fantasías. Sus almas, embelesadas como azucenas en un arroyo que nunca emergen de su fluido almohadón, flotan en la corriente perezosa de un sueño. Mi pesar no se debe a que no sea como ellos, o a que el esplendor de mi vida sea menor. Mi alma está emparentada con lo salvaje. Pero la rabia ante los dolores que mi razón no logra restañar —la justicia frustrada con argucias y la verdad deshonorada con mentiras—, la rabia de que la lujuria de vivir nunca muera, corroe mi corazón. ¡Mi noble confianza en la justicia y en la verdad indómita, defraudada, la vergüenza impensable de tener que permanecer solo cuando la naturaleza entera fue agraviada y debiera haberse amotinado! La fe de mi juventud, de la que mi corazón osado nunca llegó a renegar, se muestra por sí misma verdadera y aún creíble. Pronto llegará el día en que le arrojaré de su trono igual que los niños lanzan una piedra al abismo.

HERMES

Ese día puede llegar, pero desearlo ahora resulta vano. Deja esta pasión; mucho me temo que mi conversación ha despertado involuntariamente un dolor aletargado.

LUCIFER

No aletargado; mudo, y aliviado además con las palabras que ahora escuchas.

HERMES

Dime, te lo ruego: ¿fueron muchos los expulsados junto a ti de tu reino? ¿Y están sus corazones amargados como el tuyo?

LUCIFER

¿Como el mío?, ¿como el mío? Yo, que no tenía igual en el cielo, ahora en la desgracia continúo estando solo. Ellos siguen cada uno a su voluntad y lo pasan mal. Al tener poco y ser únicamente ricos en avaricia, viven en cuevas o surcan el sombrío aire. Sus espíritus han sido humillados por sus necesidades. Un cierto día en el que se encontraban hambrientos, al no hallar ni raíces ni malas hierbas, uno de ellos mató a una garza y sorbió su sangre. Siguió exclusivamente los dictados de su voluntad, y dominado por esta acción infecta, perdió su libertad. Desde entonces el alimento de su cuerpo enjuto debe ser de sangre caliente y de sangre se alimentan sus visiones. Otro, en cambio, sin el acicate de la lujuria, cayó en la lascivia. Su reducida mirada, presa de la voluptuosa imagen, expulsó a todos los demás goces. El deseo imposible es el sucio tormento de sus noches y días. Así, algunos son también esclavos de la embriaguez y otros de la ira.

HERMES

Si realmente todos son depravados, comprendo que tú no puedas vivir ahora entre ellos.

LUCIFER

Son mi gente, están unidos por mi solemne juramento, hundidos en mi ruina y esclavizados por mi acto. ¿Cómo podría abandonarles? Equivocadamente me permití ausentarme, pero su horrible suerte me llena de pesar y no puedo soportarlo. Casi parece que la voluntad recta ha de equivocarse para producir una pena semejante. Este pensamiento llena mi corazón de vacilación. Témeme, todo lo que toco se infecta.

HERMES

Estás amargado y demasiado atado a una pena pasada.

LUCIFER

¿Crees que ese dolor ya no está presente? ¿Ha desaparecido el efecto del golpe de la espada de Miguel? ¿La infinita caída, la oscuridad, el deseo por el cielo? ¡No! Lo que los hombres denominan dolor, yo no lo he sentido en absoluto, ni el miedo, ni la necesidad de ver el rostro de Dios. He desde-

ñado el amor femenino, y si pudiera hacer un Edén con una mera reverencia no lo haría. Nada significa para mi alma lo que florece, lo que se marchita; ni el desgarró que al pisotear la rosa produce la pequeña espina en mi pie firme. Estas cosas se las traga el todo fatal que se burla de la justicia.

HERMES

Pero ¿por qué vivir apartado en esta desolada montaña? Si tu herida es profunda, entrega tu corazón torturado al sueño ligero y natural. No contemples esas estrellas débiles, tristes lámparas de pesar, sino más bien cierra tus ojos al vano pasado, y duerme.

LUCIFER

¿Dormir? Aunque ¿por qué no? Cuando cada hoja temblorosa del roble arrogante es arrancada por las ráfagas otoñales, él padece las nieves profundas y desmemoriadas del invierno que sofocan su angustia y amortajan su pena, sin despertarse hasta que los brotes nuevos se deshuelan y todo el bosque está animado por el canto. Sí, dormir. El niño se rebela ante cierto mal, se irrita por su inútil dolor hasta que el sueño lo seca, cerrando sus párpados fatigados, sus ojos apagados. Para abrirse risueños a la luz de la mañana; entonces su agudo dolor y sus lamentos se quedan en nada ante el sueño de la noche anterior que le hizo olvidarlo todo. ¿Pero es mi pena la de un niño? ¿Soy yo tan frágil? ¿O podría mi pecho como los árboles exuberantes echar nuevas flores a cada sopló de viento? Digamos que pudiera: digamos que alguna brisa vernal derritiera mi invierno; ¿podría mi vano olvido hacer justo el cielo o incierto el pasado? El mal vive, y si dejara de lamentarme sería más desgraciado de lo que soy.

HERMES

Nadie es verdaderamente feliz. El destino arroja sobre nosotros cosas malas. Sin embargo, el destino rectifica, trayéndonos diario consuelo en las alas del sueño, y mediante la mano solícita de los amigos.

LUCIFER

¿... de los amigos?

HERMES

¿No tienes ninguno? Piensa que el tiempo pasa. La amistad se teje en una noche única entre mentes nobles. Si he sido realmente bienvenido a esta estrella, no se lo ocultes a tu memoria, deja, entonces, que este hecho engendre nuevo afecto. En reciprocidad, yo te acogeré en mi reino. Es lo justo. Las mentes más sabias tienen no obstante algo que aprender, y allí podría enseñarte el olvido. ¡Cuán dulce es de aspirar ese aire fragante de la noche, donde arden los planetas exteriores! ¡Ah! Escucha las ráfagas del viento. Lo que a mí me alimenta aún permanece lejos.

LUCIFER

¡Ay! No te he dejado descansar. Como ya no duermo, he olvidado tu necesidad saludable de dormir. Ay, cierra por un momento tu pecho al bramido de este bronco océano y sobre la almohada de tu brazo doblado, descansa tu cabeza. Es un nido árido pero, por mi honor, extranjero, a salvo de todo mal. Vigilaré en la cumbre de la montaña; y antes de que despiertes, por ventura, la tormenta virará para llevarte del oeste hasta tu casa.

HERMES

Haz lo que desees. Aquí junto a la lumbre se está caliente.

*(Se acuesta en la cueva)*

LUCIFER

¡Turel!

TUREL

Mi señor.

LUCIFER

Hoy —si no me equivoco— te oí canturrear y tañer la lira. Era cierto eco de una canción siciliana que escuchaste cantar a los pastores en las laderas de la hoguera del Etna, cuando éramos vagabundos. Era un himno que ellos entonaban a este dios. Cántalo. Así él soñará que el hálito estival agita un frondoso bosquecillo, mientras rodeado por sus adoradores hace una reverencia ante su altar enguinaldado.

TUREL

Lo haré, pero la recuerdo a medias, mi señor. Aun así lo intentaré.

*(Turel se sienta a la entrada de la cueva con su lira)*

LUCIFER

Hazlo, muchacho. Ése es, ay, el acorde... Tócala. Los hijos de Pitágoras cuando iban a dormirse lo hacían con el sonido de los números gentiles para así afinar su alma en la verdad y en el orden profundo de las cosas; de este modo, podría entrar antes en la luz y ser coronada con la belleza.

*(Asciende hasta su asiento en la cumbre de la montaña)*

TUREL

*(Canta)*

Oh, noche bendita que se deslizó sobre la cueva de Maya cuando Zeus se acercó a su lado, mientras en el extenso Olimpo dormía entre los dioses Hera de blancos brazos. Pues, cuando la décima luna nueva despide sus furti-

vos destellos sobre Cilene, ella desnuda al amigo de los sueños quien, nacido al despuntar el alba, tocó la lira al mediodía.

HERMES

*(Levantándose apoyado en su codo)*

¿Qué voz es ésta? ¿Qué palabras las que escuché hace tiempo? Amada juventud, ¿es ésta tu canción?

TUREL

Soy yo el que canta.

HERMES

¿Quién te enseñó?

TUREL

El que enseñó a cada cuco a burlarse de los demás.

HERMES

¿Dónde la escuchaste?

TUREL

La cantaban hace mucho tiempo en Sicilia.

HERMES

Pero ¿tú estuviste allí?

TUREL

Mi amo entonces viajaba mucho por la tierra. Me resultó beneficioso conocer las maneras de cada país y los pensamientos de los hombres, así me mantendría a su lado.

HERMES

¿No hace mucho que sirves a Lucifer?

TUREL

¿Conoces el día en que por primera vez condujo a todos los ejércitos celestiales? Ese día eligió a dos jóvenes, los que más le agradaban, para que marcharan ante él: yo, para portar la lanza y otro más atrevido para llevar el escudo dorado; pero éste se amedrentó cuando se acercaba el final, y no siguió a su amo en la batalla. De modo que me quedé sólo.

LUCIFER  
(Arriba)

¿Es esto un sueño? ¿Qué hálito vital está soplando en mi alma? En lo más profundo de mi corazón desciende un resplandor que me hace desear la vida. ¡Oh!, extranjero, parece como si escapara de mi propio control, como si una fiebre decadente y un bálsamo opiáceo estuvieran corriendo por mi venas! Las puertas del infierno están abiertas a la mañana, al hechizo de los frescos claros del bosque cubiertos de rocío. Respiran tanta calma como la que conocieron los jardines del cielo, cuando el atardecer caía en oro y púrpura, y cada flor consciente bendecía a Dios, y en su interior sentía a su hermana cantar inaudiblemente las alabanzas a la primavera.

HERMES  
¿Es ése Lucifer?

TUREL  
Ay, se pasa las horas conversando con el viento fortuito de cosas que yo no entiendo. Sólo que me parece que su voz ha cambiado.

LUCIFER  
(Arriba)  
Sería algo sorprendente si de nuevo el útero de la anciana noche estuviera preñado de ser, y un gigante se convirtiera en rival de otro. ¡Oh, la lucha, la victoria, la vergüenza de los tiranos caídos!

HERMES  
Trama venganza.

LUCIFER  
(Como antes)  
Él tiene un encanto asombroso, una mano gentil, cálida, hecha para estrechar la de los amigos, un espíritu abierto, bien nacido, que presta atención a las palabras de los demás, tiene el brazo vigoroso de un dios joven, la sonrisa interior de aquellos que no saben hacer daño.

HERMES  
Está hablando de mí. Es a mí a quien alude. No me cabe duda.

LUCIFER  
Ya no habría más dolor; y yo, en esta república justa podría vivir día tras día en paz, y confiar en que la vida, aunque misteriosa, no es en vano.

HERMES

¿Le oyes bien? ¿Qué dice?

TUREL

Señor, le oigo pero no puedo comprender su palabra sagrada.

HERMES

¿Dirá algo más?

TUREL

Me parece que sí, pronto.

HERMES

Ven acá, pequeño paje. Desde hace muchos años sigues a Lucifer y has oído sus meditaciones diarias.

TUREL

He ido con él adonde me ha llevado, desde el nacimiento del cielo, hasta esta isla helada del norte donde, señor, nos encontraste.

HERMES

Está bien; ¿crees que para agradarme estaría dispuesto incluso a viajar y a permitir que le siguiera como tú le sigues ahora?

TUREL

Oh, señor, éste no es un lugar para ti. Eres demasiado rico. Las noches son largas y tristes. Él habla poco, y tú no le amas. En cambio yo, si le robaras de mi vida... Si tienes algo de piedad, no lo hagas.

HERMES

Pero ¿vendría si se lo propusiera?

TUREL

Sé muy bien que iría. Nunca, desde que en su corte, reunidos los seis arcángeles en torno a su trono, les hablara amablemente a cada uno con bellas palabras, dando y tomando parte en todas sus actividades, le había escuchado dar a nadie una bienvenida así, o ponderar tanto sus palabras como hace ahora contigo. Igual que cuando atiende el canto ingenuo de Gabriel.

HERMES

Corre con alegría. Corre adonde él merodea. Dile que aguardo para solicitarle un favor que está en su mano pero que temo pedir. Corre gentil muchacho.

*(Sale Turel, dudando)*

HERMES

*(Coge la lira. Canta)*

Fui yo el primero, oh dóciles cuerdas, en ensartaros con destreza para que sonárais. Fui yo el que tocando descubrí el secreto de vuestras diminutas almas, y reí. Apolo entonces os cogió e hizo una lira de siete cuerdas más sonora. La suya conmovió al coro celestial, mis tres cuerdas bastan para gobernar los corazones de los hombres. Con tres, Orfeo amansó al melenudo león y a la salvaje pantera, con tres el hijo de Maya deleita este desierto adonde llegó primero.

*(Vuelven Lucifer y Turel)*

LUCIFER

¿Es la música más dulce que el sueño para mi amigo?

HERMES

No, la música es un narcótico del alma que descansa de pensar.

LUCIFER

¿Es tu pensamiento tan profundo? ¿Y es cierto que tienes una merced que pedirle a un pobre ermitaño en el polo glacial?

HERMES

Los dioses han delegado en mí una pesada tarea...

LUCIFER

¿Y puedo hacerla más llevadera?

HERMES

Explorar el mar del espacio y todas las islas luminosas que en sus aguas nadan, de una orilla a otra; comprobar qué poderes secretos pueden acechar en las entrañas de la Naturaleza, qué reinos se extienden a través del espacio, más allá de esta nuestra bóveda centelleante. En la duda se detuvo mi pensamiento, pues acerca de esta cuestión empecé a meditar cuando el temporal me condujo, involuntariamente, sobre tu roca.

LUCIFER

Lo sé. ¿Miraste más allá? Mira el valle; abajo una garganta se ahoga con pesada nieve; un río helado, lento como los latidos del tiempo, realiza su camino titubeante a través de la roca. No hay nada más que ver.

HERMES

Yo no pienso lo mismo, pues me alegra informar a los dioses en qué triste trono se sienta tan triste monarca. Esa ya es bastante gloria para un día.

Pero si nuevamente, como es lo más probable, me enviaran seguir adelante sin plano alguno y con el frágil remo de mis ligeras alas, ¿cómo podría hacer frente al norte o eludir los planetas errantes, que no brillan? Sin embargo, si pudiera volar bajo el manto y el poderoso brazo de alguien cuyos ojos conocen cada vaga dificultad, estaría a salvo de todo daño y alcanzaría el puerto de alguna estrella viviente.

LUCIFER

¿Dónde irías?

HERMES

No sé. Sería bueno echar un vistazo a tus vasallos en su rudo desamparo, y ver su estado salvaje, pues podría fortalecernos saber cuán bravamente sobrellevan su destino.

LUCIFER

Oh, alma generosa, que en lo perdido del infierno aún te percatas de una virtud.

HERMES

Me pecataría mejor si pudiera persuadir a tu mano para que me guiara.

LUCIFER

¿Cómo no? Es tuya.

*(Extiende su mano)*

HERMES

*(Tomándola)*

Y por lo demás, ¿permanecerás a mi lado cuando tenga que hacer frente a todos mis peligros?

LUCIFER

Te lo juro, ay, por lo más sagrado para mi alma: por mi honor y tu amor. Todo lo que es mío lo cedo a tu control. Mis alas, mis brazos, mi pensamiento, si puedes soportarlo, junto con todas las estrellas que en sus órbitas giran obedeciendo a la razón, a la norma y a la fecha. El tiempo, Hermes, ha reducido a un único estado nuestras vidas diferentes, y ha hecho más dulce que lo compartamos. Vagabundos, tú por naturaleza, yo por destino. ¡Oh, sigamos! Mi gozo vendrá después.

HERMES

Si no vienes ahora nunca nos iremos.

LUCIFER

¿Nunca? ¡Oh, dejemos fuera al futuro para que el pensamiento no envenene con el dardo de la duda la felicidad presente! Quisiera confiarme a mi corazón.

HERMES

No, vamos.

LUCIFER

Este acontecimiento mostrará la verdad. Pero, Turel, ¿dónde estás? ¿En qué piensas?

TUREL

¿En qué debería pensar, mi Señor?

LUCIFER

Joven infeliz, ¿por qué no me apiadé de ti hasta ahora? Cuán tediosas han debido ser para ti estas guardias bajo mi servicio. Eres un muchacho demasiado joven para languidecer en este desierto.

TUREL

Es mi deseo, Señor, servirte en cualquier parte que sea.

LUCIFER

¿Qué estación del año será ahora?

TUREL

Me parece que primavera.

LUCIFER

¿Puedes oír los pájaros?

TUREL

¿Pájaros en esta isla sin juncias o árboles?

LUCIFER

Están cantando ahora en mi memoria.

HERMES

Vamos. No prolonguemos la noche con palabras vacías.

LUCIFER

Lucifer ya va. Sé paciente. Es nuevo para Lucifer sonreír y aguantar órdenes. Me cuesta creerlo. Al contacto de tu mano un muerto se ha levantado

de nuevo. ¿Puede ser cierto? ¿Te obedezco? ¿He hecho una promesa? Es maravilloso contemplar las cosas que el tiempo puede llegar a hacer. Turel, tu amo tiene un amo ahora. Debemos irnos. Esta noche tendrá sueños. Verás una tierra verde, bien regada, donde hermosos cisnes blancos nadan en arroyos translúcidos, y los espesos bosquecillos donde el arpa suena intensamente, y donde los centauros buscan por todas partes la tierra de los narcisos, mientras faunos jóvenes se arrancan las barbas, y con su caramillo tocan en la fiesta del gran Pan un interludio. Allí delfines pintados juegan con las Nereidas, chapoteando sobre las olas verdes para hacer arco iris en la espuma. Y poetas amistosos, extraviados por el bosque, se tapan la boca, y miran de soslayo cómo bailan en un corro desenfrenado las ninfas y los sátiros. ¿No irías?

TUREL

Sea como quiera mi amo.

LUCIFER

Hemos hecho frente a peores peligros.

*(Mirando alrededor)*

Tristes colinas familiares, ¿por cuánto tiempo habré de dejaros? No para siempre. La voz de una advertencia interior así me lo dice. No olvidéis mi voz. Vuestro silencio llena siempre mi espíritu; no, no puedo romper el vínculo que me une a tu nieve sin sol. Pero adiós por una temporada. Me voy lejos, lejos, aunque no sé adónde, pues está sobre mí el aliento de la vida, o la mano de la muerte.

*(Salen)*